

PRESTE UN MOMENTO DE ATENCIÓN
AL SIGUIENTE AVISO:

El almanaque de La No- vela Semanal Cinematográfica

contiene el argumento de 5 estu-
pendas películas bajo todos conceptos,
y, además, sugestivos cuentos, no-
velitas cortas, todos ilustrados con
fotografías y dibujos; páginas de
chistes; páginas humorísticas; histo-
rietas; fotografías de artistas; etcéte-
ra, etcétera.

Copiosa y excelente colaboración.

Por la gran variedad de asuntos
que publica, este número almanaque
será reconocido unánimemente co-
mo el mejor del año.

Se regala con cada almanaque, un
costoso álbum con tapas de cartón
recubierto de papel tela superior, pa-
ra coleccionar las postales del año
1924.

Presentación del almanaque y ál-
bum a todo lujo.

Número de páginas del primero:
144.

Portada con majestuosa tricomía.
Lo comprará tan pronto lo vea en
su quiosco o librería.

E. VERDAGUER MORERA. - TOPETE, 16. - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 127

25 cts.



EL CAPRICHIO
DE UNA DAMA

por
Harry Liedtke
y A. Dietrichj

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 127

El capricho de una dama

(SO SIND DIE MÄNNER, 1922-23)
Comedia casi histórica, presentada por la
E F A, y puesta en escena por Jorge Jacoby *

Exclusiva de
L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 66.
BARCELONA

PROTAGONISTAS:

HARRY LIEDTKE y ANTONIA
DIETRICHJ ^(MARLENE)

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BILLIE BURKE

EL CAPRICHIO DE UNA DAMA

Argumento de la película de dicho título

En 1807, el caudillo guerrero que hizo perder la paz al mundo, el genial corso Napoleón Bonaparte, modificaba el mapa de Alemania, y designaba a su hermano Gerónimo para regir los destinos de Westfalia.

Gerónimo Bonaparte hubo de acatar el imperial mandato... y vémoslo despertando en su regio lecho en el palacio de Cassel, dispuesto a gozar de la vida.

Beatífico, si los hay, era el ministro de policía del Rey: el buen Jeremías de Katzenellenbogen, para quien la palabra *prisa* no tenía valor.

Dos sobrinas vivían con el pacífico ministro, bajo su tutela: la mayor, Carlota, dominante, altiva, de libérrima voluntad; y su pequeña hermana Elisita.

De doncella oficiaba la desenvuelta Ana María, hermana de leche de Carlota.

El Ministro, aunque corderillo, se encabritaba de cuando en cuando, principalmente cuando no encontraba orden en sus cosas.

A la engorrosa obligación de vestirse con la mayor impecabilidad posible, se añadía, cierta



De doncella oficiaba la desenvuelta Ana María...

mañana, la pérdida de tiempo por encontrar un efecto de su uniforme, y con el consiguiente malhumor salió al jardín de su señorial morada en busca de su sobrina.

La halló, limpiando una escopeta de caza, con Ana María.

—No sabes cuánto he tardado en dar con

una camisola decente... Mi ropa debe interesarte más que tu fusil.

—Si hubieras buscado bien...

—Eso es, replica encima. Si no dejas de ser la cabra loca que eres, no habrá quién se atreva a tomarte por esposa.

—Ni prisa que me corre, si mi marido había de ser como tú. ¡No sabes más que mandar!

El tío se marchó murmurando otras cosas que piropos para su indómita sobrina, y Ana María poniéndose de parte de Carlota, exclamó:

—¡Ay, señorita!.. ¡Así son los hombres!

Cualquiera habriase imaginado que la doncella no quería tratos con los del sexo opuesto, pero hubiera visto desmentida en el acto su suposición, pues Ana María saltaba de contento al aparecer, en el fondo del jardín, el postillón Florián Vunderlich, que tenía señorío en su corazón.

Aquella misma mañana, Jorge de Melsungen, correo extraordinario de Napoleón, llegaba a Cassel con una misión imperial.

En un bosque, vió un ave al alcance de su revólver, y disparó, a la par que Carlota, de caza por aquellos alrededores, hacía otro disparo con idéntico objeto.

El ave, tocada mortalmente, cayó a los pies de uno y otro, y Carlota se apoderó de ella.

Sonriendo, Jorge protestó:

—Perdón, señorita; pero fué mi bala, siempre certera, la que la mató.

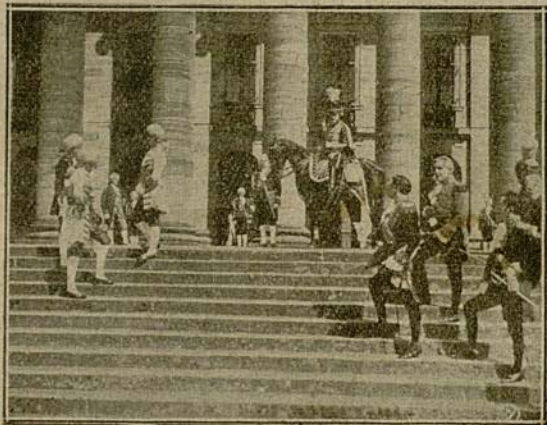
Carlota midió al desconocido, y éste añadió:

—Sin embargo, os la dejo por un precio insignificante, que voy a cobrar ahora mismo.

Y sonó un beso... el trote de un caballo... y la voz del osado:

—... Buena suerte, linda cazadora.

La aventura, si bien delante del atrevido fingió Carlota que la había enojado, plúgole en verdad, y sintió que el simpático caballero no le presentara más *batalla*.



—Soy correo extraordinario de Su Majestad el Emperador.

Poco después, Jorge llegaba a palacio.

—Soy correo extraordinario de su Majestad el Emperador. Traigo este pliego para su real hermano—dijo a los ministros que lo recibieron.

—Sería mejor que vos mismo lo entregaseis al rey—le contestaron éstos.

Jorge desmontó su cabalgadura, y dirigióse

al encuentro del magnate de aquel palacio en fiesta.

Gerónimo Bonaparte se enteró del mensaje, que decía:

Señor:

Mientras mis soldados pierden la vida en los campos de batalla, vuestra existencia es un derroche insultante de lujo y de placeres. ¡Os prohíbo continuar así! ¿Dónde está el regimiento de Westfalia que os había pedido?

Napoleón.

—Está bien; ya contestaré.

—Tengo orden de llevar yo mismo la respuesta de Vuestra Majestad.

—Perfectamente. Mientras os la preparo podéis aprovechar el tiempo divirtiéndooos en mi corte.

—A vuestras órdenes, Majestad.

—Esperad un instante. Os recomendaré a uno de mis ministros.

El rey llamó a Jeremías y le dijo en secreto:

—Procurad que no tenga prisa por marcharse el correo del Emperador.

Aquél se inclinó ante el regio mandato, y le anunció a Jorge:

—Os alojaréis en mi casa, mientras Su Majestad se digna entregaros la respuesta que esperaréis.

—Muy agradecido.

Jorge y Jeremías llegaron a casa del segundo un poco antes que Carlota, la cual encontró al primero, solo, en el vestíbulo de espera, y se extrañó sobremanera, aparentemente disgustada.

—¿Cómo habéis tenido el atrevimiento de seguirme hasta aquí?

Sonriendo siempre, Jorge repuso, encantado:

—Mal he podido seguiros, cuando he llegado antes que vos. Si estoy aquí, es porque seré durante algún tiempo huésped del ministro de policía.

—Espero, señor, que procuraréis, mientras estéis aquí, no molestarme con vuestra conversación.

Pero el tío, de vuelta de dar las oportunas instrucciones para que le fueran preparadas confortables habitaciones a Jorge, dijo a su sobrina:

—Confío, Carlota, que procurarás hacer agradable la estancia en casa a nuestro simpático huésped.

La rebelde señorita miró *rencorosamente* a Jorge, y se alejó de él y de su tío, sin responder nada, y murmurando.

—Ya véis el genio que gasta mi sobrina. Compadezco al que se case con ella, si no sabe llevar los pantalones.

Jorge sonreía... y pensaba en lo feliz que él sería si venciera a la gentil personita.

Pasaron unos días, y cada vez Jorge ofrecía nuevas atenciones a Carlota, que se resistía a aceptarlas.

Ana María colaboraba en los amoríos de su señorita y del apuesto galán, y arreglaba las cosas de modo que, cuando Carlota se negaba a acceder a una petición de Jorge, éste supiera donde podría encontrarla sola.

Así, una mañana, oponiéndose Carlota a

acompañar a Jorge en su paseo a caballo, Ana María dijo al enamorado:

—La respuesta es contraria a vuestro deseo. Mas no os pongáis triste. ¿Os habíais creído que se negaba a veros? No, tonto; si es que va a remar.

Rápido como el viento, Jorge fué al estanque y llegó a tiempo de saltar a la barca de Carlota, que se propuso volver a tierra.

—¿Por qué esa obstinación en no querer nada con los hombres?—le preguntó Jorge tíeramente.

—Porque vosotros no aspiráis más que a hacernos esclavas, a imponernos vuestra voluntad.

—Mi única voluntad, y esa no puedo imponerla aunque quisiera es... que correspondáis a mi amor. ¡Yo os lo suplico!

—¿Y os sentís capaz de amarme tanto que digái «sí» a todo lo que yo os pida?

—Sí, sí, y sí.

—Entonces...

—¿De veras, Carlota?

Ya no se oye nada.

La barca se desliza suavemente...

La brisa acaricia dos rostros...

Y dos rostros se acarician...

Después del paseo.

—¡Dentro de quince días será nuestra boda, tío!—anunció Carlota al ministro de policía, que creyó soñar, yendo luego a comunicar la noticia a Ana María.

—Mirad que la muchacha es voluntariosa y testaruda como ella sola—avisó el tío a Jorge.

—¡Bah! Una angelical cabecita destornillada, en la que yo sabré poner equilibrio.

..

Y, en efecto, quince días después preparábase Carlota para ceñir el velo de desposada.

Momentos antes de casarse, la novia abandonada en los brazos amorosos de Jorge, le preguntó:

—¿Harás únicamente lo que yo desee y contestarás siempre «sí», en buena hora?

—Te lo prometo, Carlota mía.

—Entonces, no hay el menor inconveniente para nuestra unión.

Aquel día había dispuesto el Rey salir de caza.

En la escalinata de palacio, los cortesanos rendían honores a Su Majestad, y en los postreros peldaños de aquélla, el Rey besó a una dama...

Los espectadores de la escenita, volvieron la cabeza, y para todos hubo plácemes del donjuanesco soberano.

—Vuestra... discreción es muy plausible, mis leales súbditos. No todos saben distraerse cuando deben.

Entretanto, Carlota y Jorge llegaban al altar, y celebróse la ceremonia nupcial.

El oficiante dirigió a los contrayentes las preguntas de rúbrica:

—Decid, Carlota de Katzenellendogen: ¿aceptáis por esposo a Jorge de Melsungen?

—Sí, padre.

Y Jorge, que había aprendido a maravilla su papel, a la pregunta «¿Aceptáis por esposa...?», replicó, rápido y contundente:

—¡Sí, en buena hora!

Después del enlace canónico, llovieron las enhorabuenas a los novios y el tío dijo a su nuevo sobrino:

—¿Díste ya un beso a tu mujer?

—No, mientras no sepa que ella lo quiere.

Esta respuesta de su marido disgustó a Carlota, que hubiera deseado ser besada un millón de veces por él sin pedirle permiso, y como no era muy lógico que ella fuera quien le incitase

a que la diese esa cantidad de ósculos, pues sucedió que se enfadó con él.

El tío, ante este comienzo de luna, no pudo menos de decir:

—Arisca, rebelde... Sí, sí; en todo, hija de su padre.

Pero Jorge, que tenía metido entre ceja y ceja el deseo de obedecer a Carlota, precisamente para vencerla mejor, no la besaría mientras ella no se lo indicara. ¿No era, acaso, este el pacto?

Tras una breve estancia en París, volvió a Cassel el cuerpo de baile del coliseo real, con su intendente.

En los salones del tío de Carlota se bailaba de lo lindo, y Jorge se divertía, lo contrario de su esposa, que estuvo sentada desde que empezara la danza... esperando a que su marido se acordara de que ella era aún de este mundo.

Jorge parecía haberlo olvidado, pues si bien a cada final de baile iba a hablar con ella, se volvía a separar de su lado así que la música le hacía cosquillas en los pies.

—¿Es que no vas a bailar conmigo una vez siquiera? —le preguntó Carlota, enojada y harta de no hacerlo.

—¿Puedo invitarte a la danza sin que tú me mandes que lo haga?

—¡Eres un tonto! ¡Déjame!

—¡No olvides que yo soy tu marido!

—¡Mientras yo quiera que lo seas!

—¡Déjate de niñerías, Carlota!

Pero esta vez el enfado era más serio que el primero.

Carlota se ausentó de los salones hacia la

tranquila terraza del jardín, y Jorge la siguió hasta allí, dispuesto a tratar la reconciliación.

Carlota se consideraba ofendida por el abandono de Jorge durante el baile, y no había arreglo posible.

—¿No me reconoces ahora por tu esposo? Bien; esperaré—dijo Jorge.



Tras una breve estancia en París, volvió a Cassel el cuerpo de baile...

Carlota se mantuvo fría... y Jorge, acentuadamente nervioso, vióse precisado a refugiarse en los rincones del jardín...

El Rey, enterado del casamiento del correo de su imperial hermano; con la sobrina de su ministro de policía, quiso, de regreso de la carcería, hacerles una fineza a los *palominos*.

El cuerpo de baile, *au complet*, salió al paso

de Su Majestad, y toda la nobleza reunida en los salones del tío de la desposada, con éste a la cabeza, salieron a rendirle pleitesía.

—Quisiera ver a los recién casados, ministro de policía—dijo el Rey, que era un pájaro de cuenta.

Acudió presurosa la palomita, y el Rey la encontró muy bella, más bella que nunca. Se fijó incluso en que tenía unos labios y unos ojos... para enfeñar al mismo Emperador.

Y, sin refrenar su admiración, fué galante:

—¿Dónde está vuestro venturoso marido?

El Ministro lo había estado buscando por el jardín, y por fin dió con él.

Jorge se presentó al Rey, simulando ser muy feliz con Carlota, y aquél le habló así:

—Olvidé que hoy era vuestra boda, y he de improvisar ahora mi presente. Tomad ese venado, el más hermoso que cacé hasta el día.

Jorge agradeció la fineza, aunque no muy entusiasmado...

No faltaba quien se reía...

¡Que le regalen a un marido un ciervo no es cosa para ponerse a dar saltos de alegría! ¡Y si los adornos del ciervo son pródigos en filigranas, *miaul*!

—Tendré un gran placer en veros muy pronto en Palacio, señora—añadió el Rey.

—Los deseos de Vuestra Majestad son órdenes para mí... y para mi marido.

Aparte de esta escena, el Rey descubría en Ana María una belleza más para su cuerpo de baile, y el intendente la contrató en el acto, muy a gusto de la doncella:

—Esta misma noche vendréis con nosotros,

Ana María... y en seguida debutaréis como bailarina en nuestra Opera.

Florián Vunderlich se puso muy triste cuando Ana María se despidió de él, y si no lloró delante de sus amigos y amigas, fué porque no quiso que sus lágrimas fueran motivo de chacota para ellos.

Carlota y Jorge, casi, casi amigos, se disponían a retirarse a sus habitaciones *para descansar*, pero en el umbral de la cámara nupcial, Jorge vaciló:

—¿Debo entrar sin tu previa invitación, esposa mía?

Carlota, herida en su pudor, miró a Jorge con odio y le cerró la puerta en las narices.

—¡Bah! Uno de los dos no está bueno de la cabeza—pensó Jorge.

Como sintiérase triste, reunióse con unos caballeros que seguían festejando la boda.

Al verle, uno de ellos le dijo:

—¡Hay quien sospecha que Gerónimo Bonaparte ha trastornado el juicio a vuestra esposa.

Jorge se habría abalanzado al malicioso y le hubiera arrancado la lengua, mas se contuvo y soltó una carcajada.

—¡Ya veis qué caso hago yo de vuestra noticia! Hagamos ruido, señores. Cantad, si queréis. Yo toco el piano.

Sonaron notas alegres arrancadas al instrumento por los dedos excitados de Jorge... pero a esas notas, vencido el enojo del corazón enamorado, siguieron sentimentales añoranzas...

El brusco cambio conmovió a aquellos caballeros...

En tanto que Carlota, aconsejada por su orgullo, prefería llorar a abrirle la puerta a su esposo.

*
**

La miel de aquella luna iba teniendo demasiadas gotas amargas.

A la mañana siguiente de la boda, Carlota y Jorge desayunaron juntos.

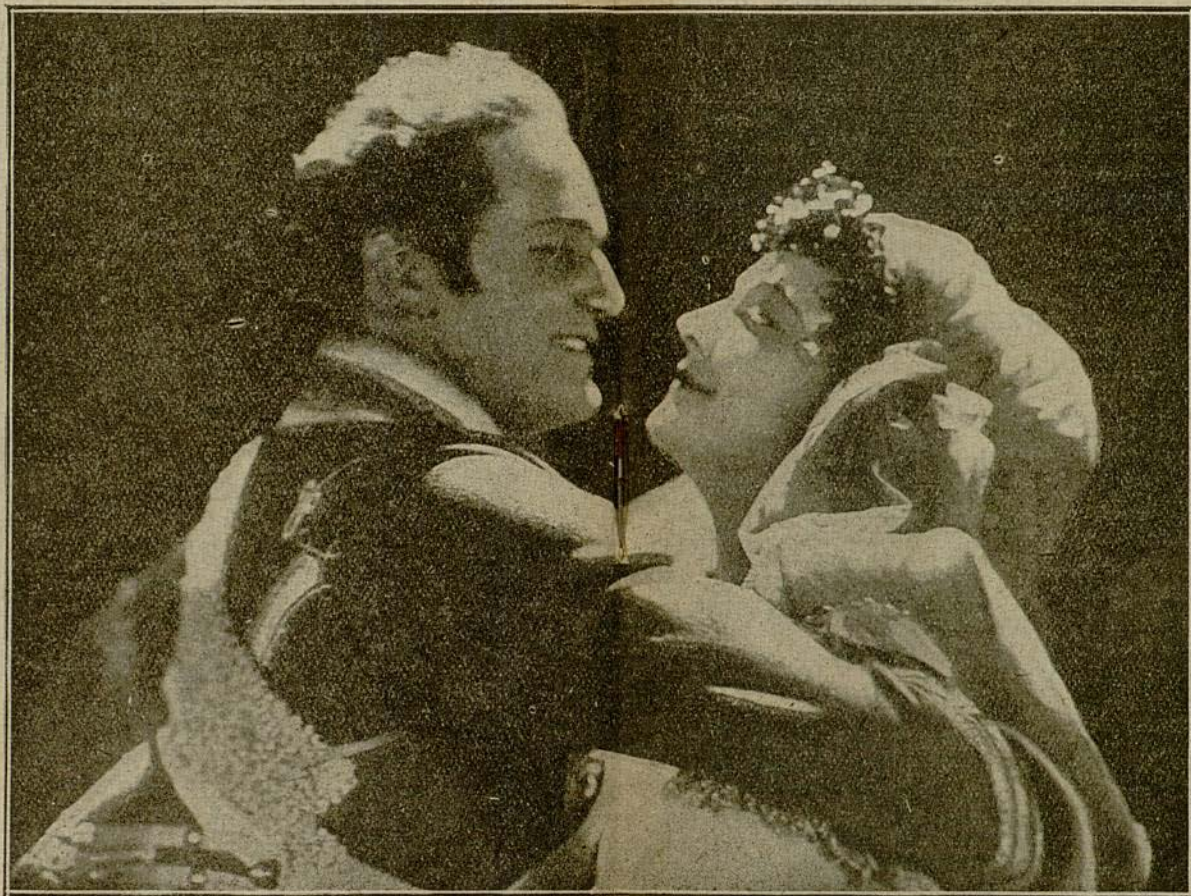
—¡Este café está hirviendo! ¡Esta leche está helada!—decía, furiosa, Carlota.

Jorge le daba la razón.

—¡Es desesperante que digas «sí» a todo!

—Soy hombre con palabra.

En este momento, llegó un mensajero del Rey, portador de la siguiente nota:



—Harás únicamente lo que yo desee y contestarás siempre "sí", en buena hora?

El señor Jorge de Melsungen y su esposa se servirán asistir a la fiesta de Palacio.

Jorge esperaba esta invitación y sonrió.

—El Rey quiere jugar contigo a la gallina ciega—dijo a su compañera, ocultándole muy mal su intranquilidad.

Carlota vió con agrado la preocupación de su marido en virtud del deseo del monarca.

Mientras tanto, bajo la dirección del intendente, ensayaba Ana María para debutar en la Opera real.

No servía, de momento, para bailar un minuetto, pero sí para marcarse una polca a gran velocidad.

En resumen, no era hábil para el cuerpo de baile más que para enseñar sus torneadas piernas, y recrear los pícaros oculares del poderoso niño mimado.

La primera bailarina había adivinado el interés de Su Majestad por Ana María, y despechada, pues hasta entonces ella había sido la más distinguida por el soberano, previó que si su rey bailaba aquella noche con su rival, caería desmayada en el escenario.

En la fiesta regia.

Toda la nobleza jugaba a la gallina ciega.

El Rey esperaba la llegada de Carlota para tomar parte en la diversión.

Y Carlota, acompañada de Jorge, que tenía los ojos muy abiertos, no tardó en aparecer.

Sonrió el monarca y el Mariscal de Palacio fué cómplice en la nueva aventura del Rey, cubriéndole su real vista con una venda transparente.

Jorge estaba completamente convencido de que el soberano cogería a su esposa como si ello se debiera a la casualidad.

Y así fué.

Carlota mostróse complacidísima del honor que a su modesta persona hacía Su Majestad, pero no cesaba de mirar en dirección a Jorge, que no la perdía de vista tampoco.

El Rey y Carlota se separaron del corro de nobles que distraían sus ocios con el *inocente* juego, y ella fué objeto de la más fina galantería del soberano.

El Mariscal se acercó a ellos y tendió un almohadón al Rey, y éste cogió del mismo una cadena de oro de la que pendía una llave, entregándosela a Carlota, diciéndole:

—Es prueba de mi suprema real gracia, señora...

Jorge temía perder la serenidad...

El Rey susurró, además, a Carlota:

—No olvidéis que esta pequeña llave abre todas las puertas de Palacio.

Algunos nobles, al tanto de los asuntos reales, cometieron:

—El complemento será poner al marido la venda en los ojos.

Como el Rey le estaba haciendo descaradamente el amor a Carlota—y ésta, por discreción, no se oponía a ello—Jorge, perdida la paciencia, tenía el decidido propósito de separar a su mujer del soberano, y marcharse con ella a su casa.

El Mariscal evitó la torpeza del celoso marido.

—No debéis interrumpir el amistoso coloquio con que Su Majestad os hace honor, al hacerlo a vuestra dama.

En este momento, llegó un mensajero del Emperador, preguntando por Jorge.

Puesto al habla con el enviado, Jorge se enteró de los deseos de Napoleón, y cumpliendo fielmente con su deber presentóse al Rey, y le dijo:

—Mi Imperial Soberano está contrariadísimo por no haber recibido aún la respuesta de Vuestra Majestad.

—Ahora tengo el tiempo ocupadísimo.

—Es que el Emperador me ordena que os exija sin vacilaciones la contestación.

El Rey tuvo que inclinarse ante las palabras de Jorge, que representaba al Emperador, y se le ocurrió una idea excelente para allanar el camino de sus nuevos amores:

—Esta misma noche saldréis con mi respuesta para mi real hermano.

Y añadió, dirigiéndose a Carlota, pero de modo que Jorge le oyese:

—Procuraremos que las distracciones de la Corte le hagan menos penosa la ausencia de su esposo.

Jorge, de regreso en casa del ministro de policía, ordenó a Florián, delante de Carlota que le siguió al poco:

—Prepara inmediatamente nuestros equipajes.

—¿Quién te ha dicho que voy a acompañarte?—preguntó Carlota con resentimiento.

—¡Te lo ordeno, con mi autoridad de marido!

—¡Tú mandarás a tus soldados, pero no a tu mujer!

—Perfectamente. Debía pedirte permiso, ¿verdad? Pues bien, me marcho solo, y ya sé lo que me toca hacer... Tú vienes conmigo, Florián.

..

Carlota quedó triste viendo partir a Jorge, y reconocía, por vez primera en toda su importancia, que su altivez no era justa, y que debía

haber hecho, como esposa, toda clase de concesiones a su marido.

Ana María, que fué a verla, hallóla melancólica y se apresuró a consolarla.

—¿Por qué estáis así? ¿No os contagiáis de mí alegría?

—Sí, Ana María, sí... yo también estoy contenta.

—Pues nadie lo diría. ¡Ah! ¿No sabéis?... El Rey se ha fijado en mis piernas con ojos de enamorado.

—Andate, pues, con cuidado.

—¿Qué queréis decir?

—¡Calla! Han llamado. Ocúltate detrás de ese cortinaje.

Era, el visitante, el Mariscal de Palacio, portador de la siguiente nueva:

—Su Majestad, que acaba de nombraros condesa de Melsungen, os ruega que abráis esta noche la puerta de su palco con la llave de oro. La contemplación del bello rostro de la señora Condesa, deleita los ojos de Su Majestad.

Marchóse el Mariscal, convencido de que Carlota cumpliría el real deseo, y apenas quedárase ésta sola, Ana María salió de su escondite.

—¡Vaya con el Rey! Pone un ojo en mis piernas y otro en vuestro rostro... ¡Doble deleite! — exclamó.

—El Rey es un pícaro.

—¡Ah! ¿Esta es la llave de oro?

—Sí, esta es... pero no tiene ningún interés para mí usarla...

—¿No? A ver, dejádmela...

—Toma...

—Es muy bonita... ¡Me la voy a llevar!

—¡No, Ana María!

—¿No decís que nada os importa? Pues a mí sí...

—¡Devuélvemela, Ana María! ¿Oyes?

—No tengáis ningún temor... No cometeré ninguna tontería... ¡Vaya, os la devolveré otro día!

Y se fué, con la llave, dispuesta a utilizarla por su cuenta.

Carlota, en vista de que los deseos de Su Majestad pasaban de castaño obscuro, determinóse a salir aquella misma noche, con Elisita, para su casa de Wolfshagen.

Por la noche, antes de la función de gala en la Opera Real, dejaban traslucir sus odios las dos primeras bailarinas reales.

El intendente daba consejos a Ana María para que Su Majestad la encontrase muy atractiva, y la rival se moría de celos.

El Mariscal puso al corriente al lacayo de guardia en el antepalco del Rey, de la visita que debía hacer a éste la dama de la llave de oro, y por esta razón no le fué prohibido el paso a Ana María cuando, terminado su trabajo, subió a hablar con el soberano enamorado de sus piernas.

La rival de Ana María vió a ésta con Su Majestad, a través de la celosía del palco real, y, como lo previera, se desmayó, interrumpiéndose el espectáculo mientras no se repuso.

El Rey no esperaba a Ana María, pero tampoco la rechazó, recreándose con las dos per-

fectas columnas sobre las que descansaba su también gracioso cuerpo.

Ana María, inocentona, creía que el monarca la elevaría al trono, pero pronto vió que el interés hacia ella de aquél, era muy insignificante, pues el Mariscal, penetrando en el palco, enteró al Rey de la fuga de Carlota a Wolfs-



El intendente daba consejos a Ana María..

hagen, y el soberano, plantándola sin darle explicaciones, se disponía a seguir a la conquista en puerta.

Claro que la decepción fué cruel para Ana María, pero el odio que la substituyó fué el elemento que hizo olvidar el dolor.

Cuanto Ana María salía del palco, Jorge, enterado—por unos lacayos—de que el Rey

recibiría aquella noche la visita de la dama de la llave de oro, subía a dicho palco, con la intención de demostrar al Rey que ni él mismo era quien para burlarse de él.

Fué forzoso que Ana María y Jorge se encontraran frente a frente, cerrándose uno y otro el paso.

Jorge soltó una carcajada:

—¡Graciosísimo, Ana María! ¿Luego eres tú la dama de la llave de oro?

—¡Jugadas del desinol! Soy una Reina que ha caído cuando subía las gradas del trono.

—¡Picaste demasiado alto, caramba!

—No es cosa de risa. Sabed que el Rey nos engaña a los dos.

—¿El?

—Acaba de partir en dirección a Wolfshagen para ver a vuestra esposa.

—Gracias, Ana María...

Jorge, temblando de coraje, cabalgó hacia donde hallaría a su esposa, y entretanto Florián era detenido, por encontrarse en la carroza del correo extrao dinario de Napoleón vestido de oficial para favorecer la huida de Jorge, quedando él en su lugar.

—¡En el castillo de Löwenburg' esperarás tu sentencia de muerte, por haber usurpado este cargo militar! le dijeron al pobre postillón.

Y, cuando Carlota se creía ignorada en su posesión de Wolfshagen, llamaron a su puerta.

—¿Quién será?—preguntóse alarmada Carlota.

—¿Abro, señora?

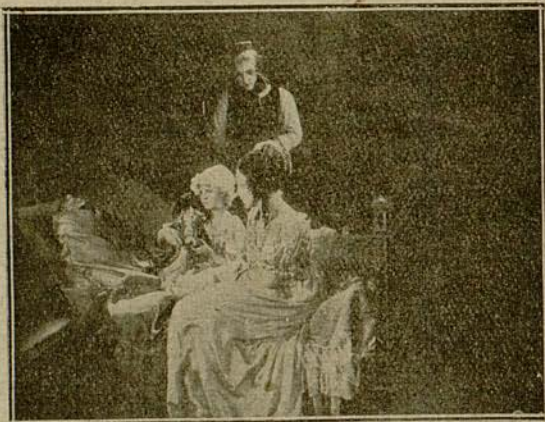
—No. Espera. Abriré yo.

Así lo hizo, y vió al propio Rey.

—Un pobre caminante extraviado solicita de vuestro buen corazón un refugio hasta el nuevo día—dijo el soberano.

Carlota disimuló su disgusto, y se desvivió por complacer al osado.

—Entrad. Acomodaos, mas dejadme antes disponer lo necesario para hacer más agrada-



... cuando Carlota se creía ignorada en su posesión de Wolfs-
hagen...

ble la noche a Vuestra Majestad.

Pero Carlota tenía un plan, y dijo a su nueva doncella:

—Tengo que abandonar la casa y, si me conocen no me dejarán salir... ¡Sólo tú puedes salvarme, Catalina! Sí... Dame tus vestidos...

Obedeció la doncella, y poco después Car-

lota salía de su casa, transformada, con dos cestos de huevos en las manos y poniendo cara de campesina.

Dos soldados cruzaron sus sables ante ella, pues tenían orden de vigilar la casa, pero como vieran que se trataba de una criada, convinieron en que la consigna no rezaba con ella.



Dos soldados cruzaron sus sables ante ella...

Ya libre, Carlota echó a andar por la carretera, y vió a Jorge, cabalgando al trote en dirección a ella.

La emoción le hizo saltar los cestos de huevos, que entortillaron el suelo, pero la pérdida era nula al lado de la escalofriante reconciliación de los dos esposos, fieles a su amor.

Luego, juntos, Carlota y Jorge se presenta-

ron a Su Majestad que por poco no se cayó de espaldas.

Recobrándose un tanto, el Rey objetó a Jorge:

—¿Qué es esto, señor de Melsungen? Os envié con un mensaje al Emperador... ¡y habéis desobedecido mi real voluntad!

—¿Era la voluntad real esta astuta celada?

—Recibiréis noticias mías.

Ahora sí que empezaba la luna de miel de los esposos, ya avenidos, en plenitud de dulzuras.

Pero...

—No lo tomes a mal, Jorge, pero tengo que llevarte preso —le dijo a su sobrino el ministro de policía, apesarado—. El Rey me manda conducirte al castillo de Löwenburg, por delito de lesa majestad.

—¡Oh, esto es una inicuidad, tío! —protestó Carlota.

—No hay más remedio que obedecer, hijita.

—Cumplid la orden. Yo me entrego con toda sumisión.

Así fué cómo Jorge y Florián se volvieron a encontrar.

Ana María, enterada del encierro de su novio, el postillón, acudió al Ministro, en súplica

de su libertad, y como él le viera la llave de oro del Rey, le sugirió la idea de ir a la cárcel, libertar al detenido, y huir luego por el pasadizo que conducía a Palacio.

El trato de Jorge no era duro, precisamente, gracias a las órdenes dadas por su tío, y el carcelero se dejó engañar por Ana María, Jorge y Florián, y los tres se trasladaron a Palacio, sin saber a qué parte del mismo irían a parar.

—Estamos en el dormitorio de Su Majestad —dijeron los tres al ver el regio lecho.

La casualidad había hecho que Carlota hubiese ido a Palacio a implorar la clemencia del Rey para Jorge, y esperaba al monarca en la antecámara.

Temiendo ser sorprendido, Jorge, al oír pasos en la habitación contigua, se disfrazó rápidamente con ropas del monarca, y Carlota, tomándole por éste, se postró de hinojos y le suplicó:

—Decretad mi muerte si os place; pero no torturéis la vida de mi esposo.

—¿Tan apasionadamente le amáis? —le preguntó Jorge, riéndose por dentro y dándole la espalda.

—Sí, Majestad.

Jorge escuchaba con fruición las protestas de amor de Carlota y no le importó ya ser descubierto en Palacio, y dijo al Rey, que llegaba en aquel momento:

—Así, Majestad, es como una esposa debe querer al marido.

Carlota se abrazó a Jorge, y Ana María instigó a Florián para copiar de ellos.

El Rey, encendido de cólera, prometió:

—¡Ahora os mandaré encerrar en sitio más seguro!

Pero, inopinadamente, llegó Napoleón.

El Rey no esperaba nada bueno para él, de su imperial hermano.

En efecto, se presentó a él con severo mirar y le dijo:

—¿Qué significa esta confusión que sorprendo a mi llegada?

Carlota salió en su defensa:

—¡Sed benigno, señor! Todo es una broma de vuestro real hermano a vuestro correo extraordinario, mi querido esposo.

Napoleón, hombre recto, pero hombre al fin, miró a Carlota, comprendió y repuso:

—Nada puede negarse a tan bellos ojos, señora.

Sin embargo, Napoleón no quiso dejar de arreglar las cuentas a su hermano, y le dió un castigo.

—¡Cuarenta y ocho horas de arresto, para que reflexiones sobre el regimiento de Westfalia y sobre la atención que merecen mis enviados.

Así, pues, Carlota y Jorge habían vencido en toda la línea.

Después de tantas peripecias, los esposos y los novios, regresaron con rumbo a la felicidad.

—Quéjate de tu suerte, Florián. He preferido al esplendor de un trono el humilde pescante de un coche. ¡El postillón ha derrotado al Rey!

—Estoy la mar de contento, chiquilla, y en cuanto lleguemos a casa, pues te daré...

—¿Qué me darás?...

—Mis ahorros, para que nos casemos pronto. ¡Ay, tengo unas ganas de que tú... me hagas la cama!

En tanto, dentro del coche, Carlota se estrechaba contra el pecho de su marido, y le murmuraba:

—¡Así son los hombres, Jorge mío!

—¡Y así, como mi Carlota de ahora, deben ser las mujeres!—respondióle Jorge.

Y ya no se oyó nada más... porque los cuatro estaban ocupadísimos.

FIN

(Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

Próximo número
EXTRAORDINARIO
Día 27 de Diciembre.

La preciosa producción de las
grandes exclusivas
L. GAUMONT

Canción de Amor

eminentemente interpretada por
la bellísima artista

Norma Talmadge

Triunfo definitivo de esta estrella.

64 páginas — 20 fotografías.

Postal-fotografía-regalo

JACK-HOLT

Precio: 50 céntimos.

Compre este número el mismo sábado
día 27 de Diciembre.